

## *GENESIS Y DESARROLLO DEL CONFLICTO ARABE-ISRAELI*

Siempre ha sido el Oriente Medio uno de las áreas más peligrosas en la estrategia global, catalogable entre las que pueden poner en peligro la paz del mundo, ya que aun en el caso de producirse en ella guerras marginales con el aspecto de conflictos limitados, las especiales características de esta zona de fricción hace que lleguen a ser catastróficas para el equilibrio político estratégico mundial y especialmente sobre la economía. La razón de todo ello descansa en dos factores:

El hecho de encontrarse allí la zona petrolífera más importante del mundo, que la convierte en una de las mayores reservas energéticas de la civilización industrial actual.

El Canal de Suez, que hace factible el traslado de la mayor parte de los crudos allí producidos a las refinerías del occidente europeo, su principal consumidor. Estos dos factores permiten a los débiles países que integran esta parte del planeta a participar en la vida de relación mundial de una forma muy superior a la que les permitirían sus posibilidades materiales, convirtiendo sus gestos y juegos políticos en amenazas constantes a la paz, e cuando menos al equilibrio político militar.

La realidad es que todos los países occidentales están interesados en aquella zona de una forma más o menos marcada, ya que los crudos que se destilan en sus refinerías provienen de ella en gran proporción, y el nivel de vida de estas naciones recibiría un rudo golpe si este petróleo no fluyera de forma constante hacia sus puertos.

Sus reservas de productos destilados suele ser en todos ellos de tres meses; si este plazo transcurre sin recibir suministros se precisa cambiar de abastecedor, produciéndose los trastornos consiguientes, ya que cada refinería está construida para un tipo de crudos, y emplear los de otra clase implica modificaciones y gastos importantes.

Por otra parte, el cierre permanente del Canal de Suez obligaría a desviar el tráfico hacia la ruta del Cabo de Buena Esperanza, con el consiguiente aumento de los fletes, hecho que pesaría mucho en las economías europeas.

No obstante, hay que añadir que la situación actual de la flota petrolera no es la misma que la del año 1956, pues por aquel entonces los tonelajes de las unidades no solían sobrepasar la cifra de 20.000 toneladas, lo que hizo sumamente difícil sustituir la ruta mediterránea por la del Cabo. Pero después, y como consecuencia de aquella crisis, los armadores se lanzaron a una carrera de construcciones de petroleros gigantes, contándose hoy día con una buena proporción de éstos para hacer frente a las circunstancias actuales.

Pero, así y todo, el problema no está dominado por completo en lo que se refiere al abastecimiento de crudos de las refinerías europeas, pues los grandes petroleros necesitan puertos con calados superiores a los once metros, y de este tipo existen muy pocos, lo que ha obligado a crear y preparar una serie de puertos receptores en donde se reciban y almacenen los crudos traídos por los grandes petroleros, para ser después distribuidos por otros más pequeños con calados proporcionados al de los puertos corrientes, que son variables, pero suelen oscilar entre los siete y diez metros, y aun menos.

Esta nueva organización portuaria europea está comenzándose a realizar, pero aún queda mucho camino por recorrer, y es de esperar que se tardarán años antes de resolverse este problema de abastecimientos de todo un continente. Esta es la clave de todo este embrollo, y la razón del porqué los países occidentales hayan andado con pies de plomo en todo este asunto.

El derecho de Israel a la vida y la realidad de sus éxitos militares nadie los ha discutido, pero los intereses político-económicos de todo el Occidente en aquella zona son de tal categoría que ningún país se ha atrevido a apoyarle durante la crisis de una forma clara. Pensamos que si los acontecimientos militares no se hubieran desarrollado en la forma que lo han hecho, no nos hubiera extrañado que Israel hubiera sido sacrificada, aunque el poderío político-económico del mundo judío se hubiera opuesto a ello, como es lógico, con todo el poder de su Banca y de sus influencias. Por todo ello, el desenlace de la tragedia aún está por realizarse. Indudablemente, Israel salió victoriosa de este que podemos calificar de segundo *round*, pero

las espadas y las voluntades aún siguen levantadas; los árabes esgrimen ahora la del cierre del Canal de Suez; mientras los israelitas ocupen la orilla derecha, de cuando en cuando las armas vuelven a dejar oír su voz. El conflicto y sus razones aún siguen en pie; todavía puede haber sorpresas.

### *Antecedentes de la crisis.*

Desde el año 1956 el *statu quo* del Oriente Medio estaba sostenido por dos hechos prácticos:

— La prohibición a los israelitas de utilizar el Canal de Suez.

— La presencia de las tropas de las Naciones Unidas en el pasillo de **Gazza**.

Pese a esta situación, Israel mantenía sus comunicaciones marítimas por medio de sus puertos del Mediterráneo, y con el Mar Rojo con el de Eliad, a través del Golfo de Akaba; esta comunicación dependía de la buena voluntad de Egipto, dominadora del Estrecho de Tiran; por ello, Sharm el Sheik, situado en la parte meridional de dicho golfo, jugó un papel decisivo en los preliminares del conflicto.

La península desértica de Sinaí separa a los dos continentes. En los extremos septentrional y meridional de su istmo se encuentran los dos puertos de Gazza y Akaba; ambos han tenido una importancia estratégica decisiva para Egipto desde los remotos tiempos de los faraones, pudiendo afirmarse que el control de la península de Sinaí y la de los puertos que la dominan han tenido una importancia histórica decisiva para defender o invadir Egipto; su posesión garantiza a este país la independencia respecto a cualquier amenaza asiática.

Hoy día, la segunda línea defensiva de Egipto, es el Canal de Suez; pero con los medios técnicos actuales no es una barrera infranqueable que pueda impedir a los atacantes penetrar en el valle del Nilo.

La situación estratégica de Israel, desde un punto de vista defensivo, no puede ser peor; casi la podemos calificar como trágica. Los 20.700 kilómetros cuadrados que lo forman están totalmente rodeados por los países árabes enemigos de Líbano, Siria, Jordania, Arabia Saudí y Egipto. Por si esto era poco, el entrante jordano de Jerusalén pone la frontera de este país a pocos kilómetros del mar, siendo, en consecuencia, relativamente fácil el poder cortar a Israel en dos partes.

La comparación de los armamentos, sumados los de todos los países árabes que la rodean, con el de Israel es aplastante a favor de aquéllos.

La comparación de calidades nacionales, siempre difíciles y antipáticas de hacer, señala que Israel, cuya población ha sido alimentada por la emigración europea y algo americana, es un país prácticamente europeo en cuanto a forma de ser y temperamento. Los árabes, a pesar de los esfuerzos de estos últimos años realizados por sus gobernantes, mantienen un nivel cultural incompatible con las realidades de la técnica bélica moderna. Muy peligrosos en la guerra de guerrillas y partidarios, no pueden plantear una guerra de gran estilo, con medios blindados y aéreos, que es lo que han tratado de realizar.

Por el contrario, Israel, dentro de sus modestas posibilidades demográficas, y sin bases geoestratégicas frente a la formidable posición de sus enemigos; como consecuencia de su nivel cultural, ha podido plantear la campaña, por lo menos con los conceptos tácticos de la segunda guerra mundial.

El triunfo de las armas de Sión fue el de la cultura sobre la inferioridad orgánica, táctica y estratégica de sus enemigos, aunque éstos con excelentes cualidades morales para reponerse y reparar sus errores.

La política propagandista de Egipto fue la que produjo en el mes de mayo una tensión de tal calibre en aquella zona que irremisiblemente tenía que conducir a la guerra. Esta política, llevada a cabo en aquellas fechas por Egipto, tiene difícil explicación. El fracaso de su intervención armada en el Yemen, en donde los 40.000 hombres de su ejército expedicionario fracasaron cuando chocaron con los montañeses realistas, debía de haberles bastado para hacerles comprender que su maquinaria guerrera tenía muchas lagunas que corregir. Además, la crisis económica que produjo en el país los gastos de esta expedición no aconsejaba otra cosa que retirarse de allí tratando de salvar la cara. Por el contrario, se lanzaron a una acción de incitación de guerra contra Israel, que llevó al país a un frenesí bélico y a poner a prueba la unidad árabe, a pesar de algunas voces sensatas que no fueron escuchadas.

La tensión local se convirtió en internacional cuando decidió bloquear el Golfo de Akaba, impidiendo la entrada y salida de los barcos del pueblo israelí de Eliat. Tal acto se convertía en un ultimátum a Israel, y por el

hecho de estar en juego el Canal de Suez, dada su proximidad, la reacción internacional fue instantánea.

Por parte árabe, Jordania, que era enemiga declarada de la política naseriana, a última hora hizo un pacto de asistencia militar con El Cairo. Siria, Arabia Saudí y el Líbano estaban de antemano comprometidos, este último país más bien de forma simbólica que de hecho. El Irán, potencia de retaguardia en este conflicto, prometió su ayuda, aunque después se vio fuera completamente platónica. Turquía, a la que todos los pueblos árabes miran con extraordinario recelo, como consecuencia a su larga presencia colonialista en estos países, declaró que sus puertos no servirían de base a los buques enemigos de los árabes. Esta unanimidad, sostenida por los ulemas desde todas las mezquitas, tuvo que producir en Israel una situación de terrible angustia, al mismo tiempo que de decisión ante un problema de supervivencia, pues comprendían muy claramente que la situación no era la misma que en los días de 1956 del desembarco anglo-francés en Suez, ya que no podía contar con tan poderosos aliados.

La coberturas político-estratégicas que jugaban en todo este conflicto estaban muy claras, aunque después no desempeñaran el papel activo que esperaban los dos contendientes.

La cobertura de Israel era Norteamérica, aunque, en realidad, no se tradujo después más que en palabras. De todas formas, el peso de dicho país apareció claro en todo el conflicto. Su acción en el Vietnam le ha creado una diversión de tal envergadura que no le permitía una acción decisiva en el Medio Oriente. Su proposición fue el que una fuerza naval internacional rompiera simbólicamente el bloqueo de Akaba, demostrando con ello que no quería intervenir directamente en el conflicto. Esta propuesta no podía prosperar, pues no era posible que ningún país marítimo quisiera mezclarse en semejante avispero.

La cobertura rusa a los países árabes fue más directa que la americana, y el apoyo más franco y decidido, ya que en aquellos momentos tenía las manos libres y nada le impedía socorrer a los árabes por vía marítima. Para apoyar estos posibles suministros, envió una agrupación naval, no muy numerosa, pero compuesta de barcos modernos con *missiles*, como gesto político y voluntad de intervención en caso necesario. Esta entrada de buques rusos en el Mediterráneo, con el tiempo, se convertiría en uno de los factores más importantes que han convulsionado la estrategia actual.

A pesar de la actitud de las dos superpotencias mundiales, la posibilidad de llegar a un conflicto generalizado eran muy pequeñas, pues las actitudes de Norteamérica y Rusia en estos últimos tiempos no han podido ser más claras: las de evitar a toda costa un choque directo que produzca una catástrofe universal.

Naser también habló a este respecto, diciendo que esperaba que si la guerra estallase fuera limitada. En realidad, no había motivo para otra cosa; pero el judaísmo mundial, que tanto peso tiene en la política de Norteamérica y en la de otros países de Occidente, no se podía contentar con una actitud pasiva de aquel gran país. La prensa norteamericana, en gran parte sostenida por capitales judíos, sustentaba la tesis de que los compromisos de Norteamérica con Israel eran mucho más concretos que los que la habían lanzado a la guerra del Vietnam. Pero Johnson y su Gobierno demostraron bien claramente que no querían verse metidos en otro conflicto, y se anduvieron con pies de plomo sin el menor deseo de desagradar a la U. R. S. S. También ésta trató de no herir los sentimientos norteamericanos; ésa es la verdad.

Había que pensar en aquel momento con que la U. R. S. S. contaba en aquella zona con una situación muy fuerte, como consecuencia a su sutil política de atracción de los pueblos árabes. Durante estos últimos diez años, el armamento y las ayudas técnicas a estos países, como la de la construcción de la gran presa de Assuan, ha tenido que dejar huella positiva de su impacto.

Los objetivos que persigue en estos países son diferentes, según se trate de los del Medio Oriente o los norteafricanos.

Con los primeros, el objetivo es el petróleo, pero más bien persiguiendo un objetivo negativo respecto al Occidente, pues no intenta apoderarse del control de sus pozos, sino de impedir que los occidentales sean sus principales beneficiarios.

Con los norteafricanos lo que busca son puntos de apoyo en el Mediterráneo. Su gesto de repartir grupos de lanchas rápidas lanza *missiles* y torpederas a Egipto y a Argel lo hace, sin duda, con el fin de crear zonas de inseguridad marítima a lo largo de la gran arteria mediterránea Gibraltar-Suez. El papel que trata que jueguen estos países en la estrategia mediterránea es el mismo que llevó a cabo Turquía en los siglos XVI y XVII con

los Estados piratas berberiscos. La Historia se repite al ser las mismas las condiciones geoestratégicas de los rivales.

Otro factor que quizá haya empujado a Rusia a la intervención más decisiva como potencia de cobertura en todo este conflicto son las acusaciones chinas lanzadas contra ella respecto a su complicidad con Norteamérica en la guerra del Vietnam, pudiendo ser que haya tratado de borrarlas por medio de una acción decidida en esta parte del mundo. También puede que haya tratado de empujar a Norteamérica a una revisión de su política a escala global que favoreciera a los vietnamitas. La fulgurante victoria de Israel no le ha dado oportunidad de conseguirlo.

La actitud de las potencias europeas en los preliminares del conflicto fue más bien de actitud expectante y de recomendar calma a los contendientes antes de lanzarse a una guerra de agresión.

El general De Gaulle definió con claridad la postura de Francia haciendo una declaración de neutralidad, proponiendo una reunión de los Cuatro Grandes para que mediaran e impidieran el conflicto. Esta propuesta produjo reacciones muy diferentes. Según unos, el general trataba de situar a Francia entre los Grandes sin serlo. Otros opinaban que en aquel conflicto podían considerarse como Grandes a las potencias suministradoras de armas y equipos militares, y dado que Francia había suministrado los famosos «Mirages III», podía considerársela como tal, ya que la negación de estas cuatro potencias a suministrar armas haría la guerra imposible.

Otro sector de la opinión francesa sostenía que tanto la propuesta de De Gaulle de una reunión de los Cuatro Grandes como la declaración de neutralidad en el conflicto era una muestra de impotencia por parte de Francia. Esta opinión era sostenida especialmente por los judíos franceses, cuyos naturales sentimientos llenaban la prensa por ellos controlada.

Norteamérica contestó a la propuesta francesa diciendo «que aceptaría cualquier propuesta dirigida a obtener la paz en aquella zona. Pero la realidad fue que encargó al Consejo de Seguridad de la O. N. U. que resolviera el problema, como único Organismo internacional capaz de realizarlo, pues, de no hacerlo así, se asestaría un golpe de gracia a la O. N. U. al suprimirle su facultad mediadora y resolutive de conflictos bélicos.

Una consecuencia inesperada de orden político a que dio lugar la adhesión incondicional de Rusia a la causa árabe fue el confucionismo sembrado en las izquierdas europeas, pues en todos los países la prensa comunista se

puso en contra de la causa judía, y como siempre se habían mostrado, aunque de forma platónica, partidarias del sionismo, esta *volta-face* las desconcertó por completo. La prensa comunista hizo milagros por explicar su actitud.

En fin, como puede verse después de este breve relato, los preliminares del conflicto fueron de gran confusión e indecisión. La opinión pública mundial, especialmente la europea, no sabía qué carta jugar en el asunto; la gravedad de las consecuencias económicas que podía acarrear el cierre del Canal de Suez y el cese de los suministros de petróleo tenía paralizadas las lenguas y las plumas. Por otra parte, el diminuto y valeroso Estado de Israel recordaba a la lucha bíblica de David y Goliat, y como siempre pasa en estos casos, sentimentalmente, las simpatías se inclinan hacia el primero. Pero los hechos fueron más rápidos que las elucubraciones, y la realidad se presentó de golpe a las nueve de la mañana del 5 de julio de 1967.

#### *Desarrollo de la crisis militar.*

La retirada de las fuerzas de la O. N. U. del pasillo de Gaza, el bloqueo del Golfo de Akaba, y la conferencia de última hora en El Cairo entre el valeroso rey Husein de Jordania y el presidente Naser, unida a la delirante propaganda belicista de Egipto, hacía temer que la ruptura fuera en cualquier momento un hecho. En consecuencia, el factor sorpresa parecía imposible, de conseguir por los dos bandos en presencia. La realidad demostró la falsedad de esta afirmación.

En el planteamiento de todo conflicto armado, el plan estratégico de la conducción de las operaciones puede seguir dos líneas de acción de naturaleza diferente que conduzcan a dos clases de estrategia: la de aniquilamiento o la de desgaste.

La primera de ellas, la de aniquilamiento, exige el planeamiento de una maniobra de envolvimiento de tal magnitud que conduzca a la destrucción del ejército enemigo de un solo golpe. Esta maniobra, en los tiempos no lejanos en que no existía la aviación, consistía en obligar al enemigo, por medio de movimientos, a luchar en un frente invertido, cortándole sus líneas de comunicaciones con su restaguardia, rodeándole totalmente y ani-



quilándole. La batalla de Cannas, planteada por Aníbal al cónsul Varron, constituía el modelo de maniobra de este género, y se convirtió en el ideal de todos los grandes jefes militares de los dos últimos siglos. Sedan, en la guerra franco-prusiana, el famoso plan Slieffen, las grandes batallas de la primera fase de la campaña de Rusia durante la segunda guerra mundial siguieron las líneas de acción marcadas por Aníbal.

La aviación introdujo variantes al planteamiento de la batalla de aniquilamiento, facilitándola en grado sumo. El involucramiento podía ser vertical y no el producto de costosos y penosos movimientos de flanco. El corte de las líneas de comunicación del grueso enemigo con su retaguardia podría lograrse mediante bombardeos a sus nudos de comunicaciones, puentes, etc. Pero para lograrlo se precisa el haber previamente conseguido la supremacía aérea mediante combates aéreos, y, mejor aún, por medio de la destrucción de la aviación enemiga en el suelo, valiéndose del factor sorpresa. Pero esto último es muy difícil de conseguir hoy día sobre una aviación bien organizada, gracias a las cadenas de vigilancia radar y al despliegue racional de los aeródromos.

En la estrategia de desgaste no se busca la destrucción rápida del enemigo, sino el alimentar la batalla con elementos siempre renovados, tratando de que el enemigo haga lo mismo hasta que éste consuma su último cartucho y su último hombre. El que consiga llegar al final teniendo medios para renovar su esfuerzo en hombres y en material logrará la victoria. El enemigo podrá resistir mucho tiempo, pero de repente se derrumbará al no poder seguir alimentando la batalla. Su retirada se convertirá en un desastre. Verdún, en la primera guerra mundial; el Alamein, en la segunda; la batalla del Ebro, en nuestra guerra, civil, y la que los norteamericanos están desarrollando en el Vietnam, son ejemplos de este tipo de estrategia.

Pues bien: dada la contextura de Israel, su pequeñez territorial, su escasa demografía y las dificultades en suministrarse, el plantear una estrategia de desgaste hubiera sido una locura. O vencía a sus enemigos rápidamente o éstos terminaban con ella en un plazo más o menos largo. Su supervivencia solamente podía ser conseguida con un golpe de suerte, la batalla de aniquilamiento y el empleo a fondo del factor sorpresa. Pero para conseguirlo se hacía precisa una magnífica preparación de sus fuerzas operativas, es decir, forjar una buena herramienta, y en el campo de la conducción de las operaciones una sabia elección de los objetivos, eligiendo el principal

con acierto con el propósito de realizar sobre él un Cannas decisivo, manteniéndose a la defensiva en los secundarios, para caer sobre ellos a su tiempo valiéndose de su posición central, una vez terminada su acción en el principal.

En el caso que nos ocupa, el objetivo principal estaba claro, ya que Egipto se había proclamado líder del panarabismo y mantenía una decisión combativa sostenida por su jefe, el gran Naser, durante los últimos diez años.

Elegido como primer objeto la destrucción del ejército egipcio, el teatro principal de operaciones recaía automáticamente en la península del Sinaí.

Entre los objetivos secundarios, la bolsa de Jordania se presentaba como muy peligrosa, ya que podía cortar en dos al pequeño país mediante un vigoroso empuje hacia el mar. Dada la indiosincrasia árabe, era de esperar que el ataque sería masivo y desordenado, sin otra idea de maniobra que la simple de llegar lo más pronto posible al mar. Ello exigía por parte israelita una organización defensiva en profundidad en aquel frente, y un mayor énfasis del esfuerzo defensivo sobre los flancos del enemigo con el fin de frenar su impulso ofensivo en el centro. Así se hizo, y los jordanos cayeron en la trampa.

El frente sirio se presentó como el más duro y combativo, pero su situación excéntrica no le hacía peligroso en el conjunto de la maniobra, pudiéndosele aguantar mediante una defensiva activa hasta terminar con el objetivo principal. La sorpresa, que era, sin duda alguna, lo más difícil de conseguir, pues la tensión reinante no la permitía, se logró contra toda posibilidad, como consecuencia del despliegue defectuoso de las cadenas de radares de la aviación egipcia. Aquello no fue un Pearl Harbour, ni mucho menos; aún no comprendemos cómo los egipcios fueron sorprendidos. No es posible lanzarse a una política belicista tal como la planteada por el presidente Naser sin una serie de precauciones elementales. La sorpresa israelita no tiene explicación plausible.

El desarrollo táctico de los acontecimientos en la península del Sinaí siguió las mismas líneas de acción que las de la campaña de 1956. En realidad, no se podía hacer otra cosa. El general Dayan no inventó nada nuevo; no se trata, según parece, de un hombre de gran imaginación, sino de un profundo conocedor de sus enemigos, y sobre todo de un preparador de hom-

bres. Las operaciones fueron conducidas con arreglo a las normas modernas, obteniendo de su material un fruto óptimo. Los judíos se pararon en el Canal de Suez; podían haber continuado, pero su objetivo, de momento, era el de supervivencia, no de conquista, y el apoderarse del control de éste les habría proporcionado complicaciones internacionales, para lo que no estaban preparados. La modestia de sus aspiraciones les ha servido de mucho en todo el conflicto.

En tres días se terminó con el ejército enemigo; fue una aplicación de la estrategia de aniquilamiento por medio de una sola gran batalla, que quedará como ejemplo en las escuelas militares. La victoria aérea se consiguió en un solo día, y la destrucción del grueso enemigo en dos. Aníbal sonreiría desde su tumba.

Si examinamos la situación desde el punto de vista egipcio, dada la posición de Israel, su pequeñez territorial, el cerco total por los países árabes, su débil demografía, la dificultad de sus suministros y su alta moral obligada, ya que se trataba de una guerra de supervivencia, nada aconsejaba una estrategia de aniquilamiento, a pesar de que esto fuera el primer impulso pasional, quizá también el político; pero, en contra de todas las realidades militares. La buena línea de conducta árabe debía de haber desembocado, en lo que se refiere a la conducción de las operaciones, al planteamiento de una estrategia de desgaste.

En primer lugar, la aviación no debía haber sido desplegada a vanguardia, al alcance de los golpes de la enemiga; por el contrario, aprovechando la gran extensión del país, el despliegue podría haberse realizado en profundidad, impidiendo su posible destrucción por sorpresa, tratando de conservarla a toda costa, con el propósito de emplearla a su debido tiempo, que sería llegado cuando la aviación enemiga se hubiera desgastado, sin posibilidad de reposición. El evitar una supremacía aérea enemiga total, como sucedió, debió de haber sido el principio más importante a guardar por los egipcios en la conducción de las operaciones.

El despliegue inicial del ejército egipcio, y prácticamente el de todas las naciones árabes colindantes con Israel, fue un despliegue a vanguardia, con posiciones de partida en la frontera enemiga o poco menos, y, en consecuencia, con los elementos blindados preparados para penetrar en el territorio enemigo, es decir, un despliegue pasional, pero sin ninguna idea de

maniobra, y, lo que es peor, sin un mando supremo que coordinara el esfuerzo bélico de todos los países árabes comprometidos.

El teatro principal de operaciones, por razones geográficas, tenía que ser la península del Sinaí, y, dada su naturaleza desértica, accidentada y de difícil penetración, podía haberse aprovechado para presentar en ella una batalla de desgaste.

Lo que aconsejaban las circunstancias, impuesta por la naturaleza del teatro de operaciones, era el realizar en la península del Sinaí una defensiva elástica, procurando debilitar al enemigo lo más posible, haciéndole bajas, y sobre todo desgastándole sus fuerzas blindadas, ya que en el desierto se destrozan sus cadenas y motores mucho más que en cualquier otro terreno, como lo demostró muy claramente la campaña del Norte de Africa durante la segunda guerra mundial. La guerra de minas, las armas anticarros, las trampas de todo orden, emboscadas, etc., hubieran conducido a los carros israelitas a una situación tal que un contraataque lanzado a su debido tiempo por los blindados egipcios hubiera terminado con ellos. Estos últimos deberían de haber esperado para intervenir al otro lado del Canal. Después, la superioridad numérica habría hecho el resto.

Las fuerzas navales egipcias, según nuestras noticias no jugaron ningún papel en la guerra; bien es verdad que la corta duración de ésta no dio tiempo a que intervinieran muchas fuerzas que debían de haberlo hecho.

Pero lo importante es el señalar la misión que debían de haber tenido en el planteamiento de una estrategia de desgaste.

Rodeado por todas partes por enemigos, como estaba Israel, sus únicas vías de aprovisionamiento eran la marítima y la aérea, pero sobre todo la primera, dada la naturaleza, el peso y el volumen de los suministros necesarios, siendo quizá el de más vital importancia, de momento, los combustibles líquidos. El bloqueo de los puertos y costas israelíes constituía una condición *sine qua non* de la aplicación con éxito de este tipo de estrategia.

Ahora bien: ¿era esto posible? La comparación de fuerzas nos dice que los egipcios eran superiores a sus enemigos; además, las lanchas lanzamissiles rusas, que poseían ya en aquel momento, tienen una potencia de fuego extraordinaria, como lo han demostrado luego, y bien empleadas en un teatro de operaciones favorable, podían haber jugado un magnífico papel. Había que contar con la reacción de la aviación judía, pero ésta es muy reducida y no podía estar en todas partes, sobre todo si estaba empe-

ñada en los combates terrestres; quizá en los primeros momentos hubiera sido un peligroso enemigo para los barcos egipcios, pero, una vez desgastadas, las fuerzas navales de la R. A. U. podrían haber podido operar cada día con mayor libertad de acción. Además, no era preciso el bloqueo cerrado, sino aplicar uno abierto aprovechando la canalización de la navegación hacia aquellas costas que produce la isla de Chipre. El primer objetivo naval debía de consistir en detener toda navegación comercial sobre las costas israelíes. Si ello era conseguido, aunque solamente en parte, hubiera normalmente sucedido que las fuerzas judías que luchaban con el polvo y con la sed en el Sinaí entrarían en colapso al faltarles sus más importantes suministros. En una estrategia de desgaste, el bloqueo marítimo, en una nación como Israel, que necesita el mar para suministrarse de todo, constituye un factor decisivo. Da la impresión de que los egipcios no supieron qué hacer con sus fuerzas navales o que la sorpresa fue de tal magnitud que paralizó los planes preparados de su utilización racional.

El gran problema de la preparación que hoy día exigen las fuerzas militares pesó de una forma agobiadora en el desarrollo de las operaciones.

La aviación egipcia y los encargados desde tierra de conducirla y defenderla demostraron no haber asimilado los conceptos de la guerra moderna ni los principios de utilización de las armas actuales. Ante la realidad de la tensión bélica existente, los aviones estaban obligados a mantenerse en plena alarma, como en tiempo de guerra, con sus tripulaciones listas para despegar y toda la infraestructura preparada para reaccionar instantáneamente.

En cuanto a los *missiles* tierra-aire proporcionados por los rusos, magníficas armas antiaéreas, no fueron capaces de hacerlas funcionar, cayendo intactas en manos de sus enemigos, demostrándose con ello que los sistemas de armas modernas exigen para su manejo un personal muy preparado y culto. Los delicados mecanismos electrónicos que sirven a estos sistemas de armas exigen revisiones constantes de técnicos muy calificados y unos operadores que se den cuenta de los problemas cinemáticos que presenta la aviación de velocidades supersónicas, su representación en los equipos electrónicos, la interpretación de los signos de las pantallas y la forma de tratarlos para conseguir guiar los proyectiles sobre un blanco que vuela a varios Match por segundo. Es muy comprensible que exijan para su manejo a sirvientes cuya preparación no se puede improvisar. ¡Qué gran lección!

Conseguida la supremacía aérea por los israelitas en el primer día de su ataque, las fuerzas egipcias, situadas casi en bloque a vanguardia, tenían que sucumbir, ya que prácticamente quedaron materialmente aisladas de su retaguardia, con un desierto por en medio, y sin suministros no era posible ninguna reacción.

La aviación judía, después de su primera victoria estratégica, se convirtió en táctica, apoyando la acción de sus fuerzas blindadas, repostando de armas y combustible varias veces al día, empleándose en sus diversas misiones con una flexibilidad admirable. El ejército egipcio enloqueció ante los golpes de la aviación; se consideró desamparado, retirándose en desorden. Hubo más bajas por la sed que por el fuego. La lucha en el Norte de Africa tienen siempre las mismas características.

Podemos resumir las causas de la derrota árabe en dos razones principales:

- Desacertada conducción de las operaciones.
- Falta de preparación técnica.

Los rusos facilitaron material modernísimo; pero lo que no pudieron proporcionar fue la instrucción suficiente para manejarlo. Cometieron un gran error de apreciación de la capacidad de comprensión de sus aliados. Estos no poseían el nivel cultural mínimo para convertir los sistemas de armas en instrumentos de guerra operativos.

La guerra del Vietnam ha enseñado cómo combatir a un ejército muy superior en medios. La aviación ha de emplearse desde lejanos aeródromos, situados seguramente en China, en donde no pueden ser destruidos, Egipto podía aplicar este principio aprovechando la enorme profundidad de su territorio, utilizando sólo para repostarse los aeródromos más cercanos al teatro de operaciones.

Las defensas antiaéreas son densísimas y bien servidas, como lo prueba el elevado número de bajas aéreas norteamericanas, inmediatamente repuestas, ya que éstos emplean una estrategia de desgaste.

El camuflaje del combatiente terrestre se ha llevado a extremos inverosímiles.

Los refugios contra los ataques aéreos de todas clases han convertido en toperas los teatros de operaciones.

La guerra de minas, de trampas de todas clases contra carros y hombres hacen penosísimos los movimientos de su enemigo.

Las emboscadas, los ataques por sorpresa con la retirada siempre cubierta, el no dejarse matar y el hacer siempre bajas, son, entre otros, los principios empleados en dicha guerra con el éxito conocido de todos.

El aprovechamiento de las características especiales del terreno es un factor indispensable en este tipo de guerra. Bien es verdad que la jungla malaya no es el desierto del Sinaí, pero precisamente por sus características puede sacársele un partido enorme, como lo hicieron los argelinos en su penosa guerra de liberación.

Esta táctica, aplicada con energía a la península del Sinaí, hubiera dejado rápidamente exhaustos a los israelitas, pues su escasa demografía habría traído como consecuencia el no haber podido alimentar la batalla con medios siempre renovados, como exige esta clase de estrategia, aunque en los primeros momentos hubieran salido victoriosos los choques iniciales.

Pero la política árabe, tal como estaba planteada, no permitía más que una actitud ofensiva desde el primer momento. La acción política se sobrepuso al buen sentido estratégico. El impulso primario de atacar en todas partes se adaptó como norma en la conducción de las operaciones. No existió la menor idea de maniobra. Mientras los judíos supieron desde el primer momento cuál era su primer objetivo, los árabes lo confundieron con la conquista rápida de todo el pequeño territorio enemigo. Se atacó por todas partes, pero sin superioridad en ningún lado. El despliegue ofensivo árabe consistió en un dispositivo en cordón, fácil de romper en el punto en donde el enemigo se presente concentrado. La supremacía aérea ganada en el primer día facilitó extraordinariamente la superioridad judía en el punto elegido.

Al cabo de seis días de lucha no hubo otra solución que arrojar la esponja al tapiz y negociar. En todas las actividades humanas las faltas cometidas pueden repararse en un plazo más o menos largo. En la guerra, los errores en la conducción de las operaciones son siempre irreparables, y los cometidos por los árabes fueron tan grandes, tan de bulto, que no tuvieron solución.

Hay que hacer notar la energía desplegada por los dirigentes políticos árabes después de la derrota para paliarla en lo posible, no dando ninguna sensación de descorazonamiento en sus propósitos de destrucción de Israel. Pero ha de pasar mucho tiempo para que la moral árabe cure de sus heridas, y el camino para conseguirlo está lleno de dificultades.

En el campo de la política internacional, las complicaciones surgidas como consecuencia de la situación creada después de la guerra van aumentando de día en día.

El suministro de petróleo ha sido prácticamente reanudado, ya que los países árabes, en su gran mayoría, viven de su exportación, no pudiendo darse el lujo de matar la gallina de los huevos de oro.

Pero quedan dos temas contenciosos por resolver: la retirada de los judíos de Jerusalén y la antigua bolsa jordana del Jordán y de la península del Sinaí hasta la orilla derecha del Canal de Suez.

En la conferencia cumbre de Jartum se tomó como punto de partida de cualquier negociación el que los israelitas volvieran a sus antiguas posiciones.

Por la devolución de la tierra perdida ha batallado denodadamente el rey Husein; pero, a nuestra opinión, sin ningún resultado, pues Israel no ha de devolver la capital abandonada en los lejanos tiempos de Tito, y la antigua bolsa jordana aumenta considerablemente la extensión de su reducido territorio, así como le aleja el peligro de su corte en dos trozos por los jordanos. Por otra parte, además de Jordania, nadie en el mundo está interesado en tal devolución; las voces que se levantan a su favor son meras expresiones románticas o políticamente interesadas, pero nada más. Por todo ello, vemos el problema muy difícil, de momento, para Jordania, y sin solución pacífica.

La retirada de los israelitas de la orilla del Canal de Suez, que ocupan, tampoco la vemos fácil, ya que les ha proporcionado un factor de presión de gran importancia en la vida internacional, y no lo abandonarán sin concesiones muy sustanciales. Puede que sientan no haberse decidido por saltar a la otra orilla y quedarse con su control completo.

Pero esta situación, como consecuencia a los trastornos que produce a las potencias marítimas occidentales, e incluso a la misma Rusia, es posible que llegue a crear una tensión que sea aprovechada por Egipto para que su control vuelva a sus manos. Opinamos que el caso egipcio, pese a las apariencias, no es tan difícil de resolver como el jordano.

Una consecuencia, con que nadie contaba, de la guerra de los seis días lo ha sido la entrada en el Mediterráneo, de una manera franca y decidida, de las fuerzas navales de la U. R. S. S. Pese a que en los primeros momentos la opinión dominante era de que ésta en la guerra árabe-israelí había



## GÉNESIS Y DESARROLLO DEL CONFLICTO ÁRABE-ISRAELÍ

sufrido un fracaso, la realidad ha sido de que la oportunidad que le han brindado los acontecimientos de tomar posiciones navales en el Mediterráneo ha convertido los desaciertos árabes en bazas a su favor al conseguir en este mar posiciones estratégicas formidables, hasta lograr que Norteamérica, que dominaba el Mediterráneo sin contradicción, ya no se considere tan segura.

Por todo ello, las consecuencias de la guerra desencadenada por Israel el 5 de junio de 1967 están muy lejos de haberse resuelto, y la eterna zona de fricción que constituye el Medio Oriente está en plena tensión, sin que en el horizonte veamos nada que indique síntomas de apaciguamiento de los espíritus, ni fórmulas para resolver sus problemas.

ENRIQUE MANERA.

